

*Para Inés y Olivia,  
con el deseo de que nunca tengan que conocer  
el mundo que esta novela describe.*



«No lo buscarías si no lo hubieras encontrado ya».  
Rumí



Te amo, te amo, no te amo.

El amor es la verdad. La vida una gran mentira.

Tea, desde tu marcha, sé que todo está perdido para ambos.

Sí, te escribo haciendo mías palabras de nuestro poeta, porque sus versos, su forma de entender y expresar la vida, nos unieron para siempre. ¿Es que no recuerdas que nuestras almas fueron una sola? Eso no ha cambiado ni siquiera ahora que estamos lejos, que nos separa un desierto físico. Hay cosas que la distancia no puede destruir, porque los lazos del espíritu son invisibles y carecen de límites.

He oído comentar que te has refugiado en la costa, en compañía de los que ahora crees que son tus iguales: los hombres peces. ¿Acaso que busques a tus semejantes —o como quieras llamarlos—, nos convierte en desiguales? Has utilizado tu cuerpo y tus palabras como un látigo contra mí, le has infligido heridas a mi corazón, pero el dolor no resta amor al amor. El amor, cuando es verdadero, siempre suma, siempre. Por eso te dejé marchar, escapar. A cambio de nada, a cambio de todo.

Recuerdo cómo empezaron las cosas a torcerse, y cómo tus palabras fueron abriendo heridas en mi alma, lenta, muy lentamente.

Acababa de amanecer, y yo —como hacía todas las mañanas— descorrí la cortina de tu cabellera para regalarte una caricia en el cuello antes de que te enfundaras el turbante de rigor.

Fue entonces cuando descubrí un lunar que nunca antes había visto.

—¿Y este lunar? —te pregunté.

Me respondiste que tú nunca habías tenido un lunar en la base del cuello.

Entonces llevé tu mano hasta el punto donde cuello y hombro se unen, y tras comprobar que allí estaba aquel lunar sin paisaje, como lo llamaste, como lo llamó nuestro poeta, te alarmaste, te estremeciste de miedo.

—Jan, esto no es un lunar, es una escama, parece la escama de un pez —balbuceaste con voz trémula.

De manera voluntaria, envolví tus palabras con el viento del desierto que nos azotaba. No quería que tuvieran el significado que aventuraban. Aquel lunar no podía ser la «primera escama» de tu transformación. Tenía que ser un error. Algo así no podía sucederte a ti.

Retiré tu mano, coloqué uno de mis dedos índice sobre el lunar sin paisaje y, en efecto, su aspereza era similar a la de una escama. Incluso brillaba como una lágrima de nácar. Créeme, se me paró el corazón, el viento del desierto perdió su voz, el cielo celeste y limpio se oscureció.

¿Cuántas veces te había prometido que plantaría el desierto de rosas tan olorosas como el perfume que emanaba de tu piel, y que convertiría aquel vasto e infinito espacio yermo en un vergel a base de regar sus semillas con mi amor? ¿Cuántas veces te lo prometí? ¿Cien, doscientas, quinientas, mil tal vez? Sin embargo, aquel lunar sin paisaje, aquella escama, lo cambiaba todo, nuestro presente, nuestro futuro. Aquella escama te estigmatizaba, te señalaba y, en consecuencia, ahogaba nuestra esperanza, transformaba nuestros sueños en pesadillas, llenaba de espinas el tallo de la rosa.

Según el protocolo que rige nuestra sociedad, tenía que comunicarlo a las autoridades, pero no lo hice. No podía

hacerlo. De mi garganta no brotó palabra alguna en tu contra, no podía delatarte, porque mi corazón estaba aterrado y mudo ante la posibilidad de perderte para siempre.

Sí, aquel lunar sin paisaje borró nuestro horizonte de un plumazo.

Al dejar que te marcharas, al propiciar tu fuga, sé que lo he puesto todo en peligro, que tu paulatina transformación provocará no solo que te conviertas en una sirena —al menos así quiero soñarte—, sino que pienses y sientas como tal, con todo lo que eso supone para nuestra especie.

¿Soy un traidor? ¿Debería haberte entregado? ¿He puesto a todos en peligro al no hacerlo? Es probable. Pero no podía soportar la idea de que te hicieran daño, de que te convirtieras en objeto de mil experimentos, a cada cual más cruel, tal y como ha ocurrido con otros humanos que han experimentado un proceso parecido al tuyo. Sí, soy rehén de tu amor. Siempre seremos lo que fuimos: dos almas gemelas, dos espíritus afines.

Tú y yo, Tea Dunne y Jan Drake, los nuevos Adán y Eva, supervivientes del apagón tecnológico, éramos dos «pieles limpias», como gustan llamarnos los que hackearon sus cuerpos durante décadas. Ni siquiera conocíamos la realidad virtual, uno de los pecados capitales que habían conducido a la humanidad hasta esta situación. Tu misión era quizá la más difícil de todas, pues consistía en enseñarnos a desenvolvernos en este nuevo mundo sin tecnología, a estrechar lazos reales, físicos, al margen de eso que se conocía como mundo virtual. El hombre de nuevo como medida de todas las cosas. Un trabajo que comenzaba con la recuperación de las habilidades sociales de cada ser humano.

A veces las cosas más fáciles en apariencia son las más complicadas, ¿verdad?

Empezar la casa por los cimientos, como señalaban nuestros antepasados. O como decía nuestro admirado poeta Rumí: «Debes derribar partes de un edificio para restaurarlo, y lo mismo ocurre con una vida que no tiene espíritu». Porque a fin de cuentas, de eso se trata, de reconstruir el espíritu (lo espiritual) entre los de nuestra especie.

Eras un faro cuya luz alumbraba tanto el corazón como los márgenes de este desierto inhóspito y peligroso. Tus opiniones cargadas de sentido común, tu ponderación, tu capacidad a la hora de enjuiciar las situaciones más difíciles, tu habilidad para traspasar la mente de los testigos, muchos de ellos completamente desorientados... De ahí que perderte haya sido aún más doloroso para todos.

Todos te echan de menos. Todos se preguntan qué ha sido de ti.

Yo el primero.

Pero te recuerdo que soy hierro resistiendo el imán más grande que hay.

Así que resistiré, resistiré hasta el último aliento.

Y volveré a escribirte, porque haciéndolo convierto tu ausencia en presencia. Ni siquiera importa que no tenga una dirección donde mandarte esta correspondencia.

El amor es la verdad.

La vida una gran mentira.

## CUADERNO DE BITÁCORA

*Introducción.*  
*Oasis de Timia, Fuerte Massu, Níger. Año 2120.*

Me llamo Jan Drake, aunque todo el mundo me conoce en la aldea como amanuense o escribano, ya que pertenezco a la nueva generación de hombres y mujeres que saben escribir a mano. Aunque acabo de cumplir veintiún años, cargo sobre mis espaldas la pesada responsabilidad de dejar por escrito la memoria de los últimos pobladores de nuestro planeta, el regreso del ser humano a las cavernas después de haber alcanzado el umbral de las más altas cotas tecnológicas, la lucha por la supervivencia como especie. Una tarea a todas luces descomunal.

El oasis de Timia —el lugar donde nos asentamos hace veinte años— lleva milenios sobreviviendo a las embestidas del desierto del Sahara que, en su avance hacia el océano Atlántico, no ha podido doblegar el macizo de las montañas del Aïr: gigantes de roca negra. Los palmerales, los huertos de pomelos y las abundantes aguas subterráneas que oculta el lecho seco del río, no le restan un ápice de peligrosidad a este conjunto de rocas situadas en mitad de uno de los desiertos más inhóspitos del planeta.

Pese a todo, al abrigo de la fortificación ha ido creciendo un poblado de casas de adobe que ya casi alcanza el horizonte más cercano. En este lugar tratamos de recomponer nuestra humanidad, intentamos reencontrar nuestra esencia a través de los sentimientos, de las cosas sencillas y originales que un día nos dotaron de grandeza. Este recón-

dito arenal también nos sirve de refugio contra los hombres peces, nuestra mayor amenaza en la lucha por la supervivencia.

Todos coinciden en señalar que el mundo se echó a perder cuando el ser humano robó el fuego de los dioses, cuando el orden mundial científico se apoderó de su alma; mejor dicho, la devoró y regurgitó transformada en algo muy distinto de lo que había sido. El alma humana, convertida en un accesorio o elemento residual de nuestra especie, acabó sometida a lo que hoy conocemos como «la dictadura científica sin lágrimas».

La idea de Dios fue mutando por la certidumbre de Deus, un cerebro capaz de albergar la conciencia colectiva de toda la especie. Este cerebro colmena, dueño del pensamiento artificial que se había apoderado de nuestras mentes, logró perpetuar la vida en el ciberespacio. La posibilidad de que cualquier persona pudiera descargar su conciencia en un avatar o ser alternativo, que ni siquiera requería de un cuerpo físico, primer paso hacia la inmortalidad, cegó a los seres humanos, que acabaron dándose la espalda a sí mismos.

De esa forma nuestra especie dejó de ser hija de Dios para convertirse en súbdita de Deus.

Para entonces, el ser humano ya se había transformado en un híbrido superdotado, gracias a los implantes que gobernaban tanto su sistema motriz como su sistema nervioso central. La biofísica sintética, la nanotecnología molecular y el desarrollo de la superinteligencia se habían apoderado de su humanidad. Nanobots se ocupaban de trasladar sus emociones, sus sensaciones y sus recuerdos desde el neocórtex natural a otro artificial. Todas sus funciones, todas sus habilidades, dependían, por tanto, de ese almacén de la conciencia colectiva llamado Deus. No obstante, el ho-

modata o superdata, nombre de esta nueva especie de seres mitad humanos, mitad máquinas, terminó por destruirse a sí misma. La habilidad para progresar tecnológicamente superó con creces la propia sabiduría del ser humano, su capacidad de control; lo inorgánico de la tecnología se impuso a lo orgánico, hasta el punto de que el data dobló al *homo* e invirtió los principios morales de su razón de ser. Cada hombre se convirtió en una isla, en una marioneta controlada desde la distancia por Deus, el gran cerebro hacedor. Así las cosas, el ser humano convertido en máquina acabó por desatender todo lo demás, lo fundamental, el medio físico que durante decenas de miles de años le había garantizado su supervivencia procurándole su sustento tanto material como espiritual: la Tierra.

El cambio climático provocado por nuestra especie originó un cataclismo que ahora, veintiún años después, conocemos como «Apocalipsis tecnológico».

La consecuencia de esta hecatombe fue la extinción de numerosas especies animales, así como el surgimiento de otras, que hasta entonces habían vivido lejos de nuestros ojos.

La más determinante en el devenir de la humanidad ha sido la aparición de los hombres peces, también conocidos como «los abisales», seres que habitaban en los abismos oceánicos, a miles de metros de profundidad, que se vieron obligados a abandonar su hábitat después de que nuestra especie contaminara los océanos hasta convertirlos en estercoleros donde la vida —en cualquiera de sus formas— resultaba del todo imposible. Por aquel entonces, el continente más extenso de nuestro planeta era un mar de plástico y de otros materiales sintéticos que flotaba a la deriva, sin rumbo, siguiendo el curso de las mareas.

La desaparición de las abejas —agentes indispensables para la polinización de flores y plantas— primero, así como el aumento del nivel de los mares y de prolongados períodos de sequías, resultado del efecto invernadero, provocó entre la población problemas de escasez, tanto de alimentos como de agua potable. Como consecuencia de este proceso, nuevas y extrañas enfermedades comenzaron a proliferar por doquier.

«Plagas que atacaron con virulencia a la plaga humana que, hambrienta y sedienta, se atacó a sí misma», según el relato de los supervivientes.

La colisión tecnológica y el surgimiento de una nueva especie más evolucionada que la nuestra, es lo que nos ha traído a mí y a otros muchos aprendices de escribano hasta este inhóspito desierto. Somos los no contaminados por la tecnología, la primera generación de no implantados, de no tatuados por la impronta del pensamiento artificial, los primeros hombres y mujeres libres en un mundo de esclavos, de títeres que, tras la *muerte* de Deus, han dejado de ser movidos —nunca mejor dicho— por la mano del gran titiritero.

\* \* \*

Tea, ayer me hice tatuar una frase del poeta Rumí en el pecho: «Los amantes no se encuentran en ningún lugar. Se encuentran el uno al otro todo el tiempo». Así es como yo me siento, por lo que quiero recordarlo cada vez que me despoje de la camisa y vea mi torso reflejado en un espejo. ¡Me gustaría tanto que tú hicieras lo mismo! La pregunta es si tu nueva piel de escamas es susceptible de ser tatuada. Tal vez te quede un hueco de piel humana, junto al corazón.

He comenzado de nuevo mi trabajo como escribano, y tu ausencia se ha hecho aún más presente. Una cosa es trans-

cribir aquello que me cuentan, y otra muy distinta encontrar el sentido más profundo de cada testimonio. Ni siquiera sé distinguir cuándo un testigo está ciñéndose a sus recuerdos o cuándo los está recreando, aunque lo haga de manera inconsciente. Me cuesta discernir cuándo un hombre que porta en su organismo partes de una máquina en desuso dice la verdad. Eso en lo que tú eras una experta. El factor psicológico del relato, el factor humano, como te gustaba llamarlo.

Trato de llenar tu ausencia —tu vacío— con poemas, los respiro cual embriagador perfume, me alimento de ellos, no paro de decirme que es precisamente por la herida por donde entra la luz hacia mi interior, que la aflicción no conduce a nada, porque todo lo que se pierde vuelve a nosotros de otra forma, convertido en otra cosa. Es como si yo mismo no fuera más que el eco de nuestro poeta. Mi voz es su voz. Por desgracia, al cabo de un rato me aflijo y la herida comienza a sangrar de nuevo. Lo hace por dentro, como una hemorragia invisible para los demás.

«A medida que empiezas a caminar fuera del camino, el camino aparece».

«Ven aquí donde las rosas se han abierto. Deja que el alma y el mundo se conozcan».

«Donde hay ruina, hay esperanza para un tesoro».

«Vacíate de la preocupación. ¿Por qué te quedas en prisión cuando la puerta es tan amplia? Muévete fuera de la maraña del miedo».

«El amor viene con un cuchillo, no con alguna pregunta tímida, y no con miedo por su reputación».

Puedo aferrarme a cualquiera de estos hermosos aforismos. Todos me valen, todos reflejan de una manera u otra cómo me siento. Incluso son coincidentes con mi forma de

pensar. Sin embargo, por fuerte que me agarre a ellos, por mucho empeño que ponga en mecirme en los delicados brazos de unos versos cualesquiera, la rama termina por vencerse y mi final es siempre el mismo: el duro suelo. Es como si me faltara templanza frente al dolor. La maraña del miedo se me enreda entre los pies, me aprisiona, me inmoviliza, me derriba una y otra vez. Todo a mi alrededor se vuelve oscuro, y es cuando mi corazón se queda ciego, sin paisaje que contemplar, sin horizonte que otear. ¡Es tan importante tener un horizonte hacia el que mirar, hacia el que dirigirse! Me digo una y otra vez: «Conviértete en el cielo. Usa un hacha contra la pared de la prisión. Escapa». El problema es que yo no quiero ser un trozo del cielo, ni una nube o un soplo de viento; ni siquiera anhele la libertad; mi deseo más profundo —tanto como la mayor de las simas marinas— es convertirme en un hombre pez, en un ser que me iguale a ti, que me acerque a ti, que me una a lo que eres ahora. ¡Me gustaría tanto que mi cuerpo se cubriera de escamas!

Sí, sé que lo que digo es peligroso, que mis palabras son contrarias a mi propia esencia humana, pero como acabo de escribirte unas líneas más arriba, el amor se presenta ante uno como un afilado cuchillo, no con preguntas o propuestas tímidas, sino con irrefrenable impulso. De modo que la afilada hoja del cuchillo del amor me ha atravesado el corazón y herido de muerte.

¡Tea, qué extraño es vivir sin ti! ¡Es como habitar en un desierto dentro de otro! ¡No hay oasis! ¡Ni siquiera la posibilidad de un espejismo!

# CUADERNO DE BITÁCORA

## *El desembarco*

El último año de le Era Tablet —el 20 de junio de 2099, para ser exactos— arribaron a las playas del mundo entero miles de cetáceos mayores que la mayor de las ballenas conocidas; iban recubiertos de una gruesa capa de moluscos, algunos de ellos descomunales: bivalvos (como almejas, nacras, etc.) y gasterópodos gigantes. El resultado era una piel viscosa, coriácea e impenetrable que semejaba una corteza de pequeñas rocas envuelta en una malla de algas igualmente superdesarrolladas. ¿Cómo era posible que aquella especie hubiera pasado desapercibida a nuestros ojos durante miles de años? Por otra parte, el hedor a putrefacción que emanaba de aquellas criaturas resultaba nauseabundo, como si hubieran comenzado a descomponerse nada más quedar varadas en las costas.

Decenas de miles de atónitos curiosos —con las bocas y narices tapadas— rodearon a aquellos animales. No eran orcas, ni cachalotes, y superaban tres veces en tamaño a las ballenas azules, el animal más grande que haya poblado la Tierra. Los primeros cálculos arrojaron unos datos aterradores: aquellos monstruos marinos medían más de sesenta metros de longitud por unos veinticinco de envergadura. Su peso era superior a las ¡seiscientas toneladas!, y cada ejemplar iba coronado por un colmillo parecido al unicornio del narval, pero cinco veces mayor. Una suerte de asta que, al parecer, hacía las veces de antena o de receptor sensorial.

Según los primeros cálculos, la lengua de cada criatura

debía de pesar lo que tres elefantes africanos, en tanto que el corazón habría de imaginarlo del tamaño de otros tantos aeromóviles utilitarios.

Pero si la aparición de aquellas criaturas resultó sorprendente, aún lo fue más el hecho de que Deus no tuviera registrada la existencia de semejante especie en ninguno de sus archivos. La única respuesta que se recibió del Gran Hacedor fue la difusión del pasaje de una vieja novela de Julio Verne titulada *Veinte mil leguas de viaje submarino*:

Desde hacía algún tiempo, en efecto, varios barcos se habían encontrado en sus derroteros con «una cosa enorme», con un objeto largo, fusiforme, fosforescente en ocasiones, infinitamente más grande y más rápido que una ballena.

Los hechos relativos a estas apariciones, consignados en los diferentes libros de a bordo, coincidían con bastante exactitud en lo referente a la estructura del objeto o del ser en cuestión, a la excepcional velocidad de sus movimientos, a la sorprendente potencia de su locomoción y a la particular vitalidad de que parecía dotado. De tratarse de un cetáceo, superaba en volumen a todos cuantos especímenes de este género había clasificado la ciencia hasta entonces. Ni Cuvier, ni Lacepède, ni Dumeril ni Quatrefages hubieran admitido la existencia de tal monstruo, a menos de haberlo visto por sus propios ojos de sabios.

¿Eran naves aquellos monstruos marinos, como sugería el texto de Verne? De ser así, tenían que tener su base en un remoto lugar del océano, en las profundidades abisales, las mismas donde la vida se antojaba imposible por la enor-

me presión que ejercía el agua. Sea como fuere, había una pregunta que inquietaba sobremanera: vinieran de donde vinieran aquellas criaturas, habían emergido a la superficie y se habían alineado en número de miles por todas y cada una de las playas de nuestro planeta, ¿por qué y con qué propósito?

Aquellos incautos a los que la curiosidad les llevó a tocar los cuerpos de los monstruos marinos, recibieron una descarga cincuenta veces superior a la de la más potente anguila eléctrica, que les causó la muerte por electrocución.

La situación no mejoró con la llegada de un ejército de androides y de un contingente de científicos que, a resguardo y desde cierta distancia, quisieron desentrañar el misterio de «las ballenas gigantes», como se las llamó en un principio.

Sí, se efectuaron disparos con poderosos cañones láser, primero cegadores y luego de una potencia de fuego de 1000 kw. Hubo ataques directos de la infantería androide, indestructible hasta ese momento. Pero fue convertida en chatarra por corrientes electromagnéticas que emanaban de los flancos de aquellas criaturas. También intervinieron unidades aéreas de última generación, si bien el escudo que recubría el exterior de aquellas bestias repelió los ataques absorbiendo la energía que producían los drones. ¡De modo que al atacarlos se hacían más fuertes!

A las doce horas del desembarco, mientras los líderes de las corporaciones vinculadas a Deus acordaban una nueva forma de abordaje, nuevas columnas de energía electromagnética comenzaron a ascender desde los flancos de aquellas criaturas hacia el cielo, en dirección a la cara oculta de la Luna, residencia material de Gran Hacedor. Algunos de estos destellos eran simples tentáculos de luz, pero otros semejaban pilares tan gruesos y su efecto resultaba

tan devastador como el de un tornado. El cielo se convirtió entonces en una gigantesca cúpula eléctrica. Una aurora boreal que chasqueaba como si un sinfín de látigos estuvieran restallando entre sí, produciendo un silbido parecido al de un viento de voz aguda. Ni siquiera las nubes o estaciones intermedias que, en forma de satélites orbitales, protegían a Deus o le servían de almacenes o repetidores, pudieron impedir el avance de aquella energía incontrolable. Luego se supo que los haces más gruesos eran rayos gamma, que desactivaron el alma o núcleo de Deus.

La consecuencia de aquella acción fue el llamado «apagón tecnológico», que todavía hoy, veintiún años después, padecemos. Todos los componentes que convertían al hombre en data, quedaron desactivados. Los exoesqueletos, los numerosos implantes hasta entonces infalibles que la mayoría de los seres humanos portaban, se convirtieron de pronto en intrusos inservibles dentro de sus cuerpos. La segunda piel o tatuaje de sensores, que todo ser humano llevaba y que servía para interactuar con la realidad virtual, quedó desactivada. Los nanorobots que circulaban por el caudal sanguíneo se paralizaron. Los millones de órganos internos trasplantados dejaron de funcionar; quienes portaban una prótesis en el brazo o en una pierna, quedaron mancos o cojos; otros quedaron ciegos o sordos. Muchos, sencillamente, murieron por fallos cardíacos o de otros órganos vitales. El hombre máquina como procesador de información, el ser humano *copy*, se desmoronó en pocos minutos. El mundo, en suma, dejó de funcionar. Por completo. Así de simple. Así de dramático.

A las dieciocho horas del desembarco, las fauces de aquellas criaturas se abrieron de par en par. A continuación, miles de seres nunca antes vistos comenzaron a desembarcar.

Especímenes o engendros difíciles de describir, mitad hombres, mitad peces. Todos cuantos habían leído *La sombra sobre Innsmouth*, el libro de H. P. Lovecraft, creyeron reconocer a «los profundos» en los seres que comenzaron a emerger de aquellos orificios: color verde grisáceo con el abdomen blanquecino; piel resbaladiza y espina dorsal escamosa; agallas palpitantes en el cuello; ojos saltones y zarpas por extremidades con largas membranas interdigitales. En cuanto al ruido gutural que emitían —no me atrevo a llamarlo voz—, todos los testigos coinciden en afirmar que era parecido a un croar aullante. A partir de este momento, no podemos afirmar que las descripciones sean fiables al cien por cien, puesto que al no haber pasado por el tamiz de Deus son subjetivas, siendo la subjetividad uno de los pecados que el Gran Hacedor había desterrado de nuestras sociedades. El gran parecido de estas descripciones con «los Profundos», no nos debe hacer perder la perspectiva, puesto que a poco que escarbemos descubriremos que entre los hombres peces había numerosas singularidades, por lo que podemos afirmar que no todos eran iguales. Al contrario. Como todas las especies, como todos los ejércitos, los hombres peces contaban con un líder cuyo aspecto físico no coincidía con la descripción aportada por la mayoría de los testigos. Oannes, que así se llamaba este ser supremo, contaba con una doble cabeza, o más exactamente, con una cabeza de pez a modo de toca o revestimiento, que ocultaba otra de características humanas o humanoides. Otro tanto ocurría con su cuerpo, que disponía de una cola de pez con forma de remo, de la que sobresalían dos pies humanos. Su piel, además, no era verdosa ni grisácea, sino de un color plata fulgurante, casi cegador a la vista. Al parecer, este Oannes era el mismo líder anfibio que antaño había instruido a los pueblos del

Golfo Pérsico, hasta el punto de enseñarles desde los rudimentos de las matemáticas hasta cómo sembrar los campos o cómo fundar y organizar ciudades. Una leyenda de la que solo habían llegado hasta nuestros días vestigios en algunas piedras y ruinas de la antigua Babilonia, que ahora, miles de años más tarde, se hacía realidad.

Oannes iba acompañado de una corte o guardia pretoriana de sirénidos, cuyas cabezas presentaban una cresta ósea en lo alto del cráneo, así como una masa de tejido en la frente que les servía de ecolocalizador. Un sistema parecido al que emplean los murciélagos para orientarse en la oscuridad. De los rostros de estos seres destacaba el sobresaliente tamaño de las órbitas oculares, dentro de las cuales habitaban sendos ojos grandes y turbios. Eran los que llevaban, por así decirlo, la voz cantante. De sus gargantas brotaba el estridente aullido mediante el que las demás especies recibían las órdenes de Oannes. Este canto de sirenas, si se me permite llamarlo así, resultaba hipnótico incluso para los seres humanos.

En el tiempo que llevo recabando datos sobre todos y cada uno de estos seres, he contabilizado numerosas especies de hombres peces, cada cual con su peculiaridad. Así, los atlantes —altos, robustos, de complexión fuerte y de piel lustrosa y amarillenta— nada tenían que ver con los peces fraile —mucho más livianos y escurridizos—, ni los tifones con los dagones, monstruos formidables y pesadillescos según los había descrito H.P. Lovecraft. Incluso hay quienes aseguran haber visto a hombres medusas, cuyas extremidades eran tentáculos translúcidos. Sea como fuere, cada especie cumplía una función específica cuya finalidad era el sometimiento del *Homo data*. Si hace un instante le he otorgado un papel preponderante a los sirénidos, por

cuanto a su inteligencia, los llamados megalodones, hombres gigantes emparentados con los tiburones, eran los encargados del empleo de la fuerza bruta. El descomunal tamaño de estas bestias, de casi tres metros de altura, era proporcional al tamaño de sus fauces, repletas de dientes afilados como cuchillos.

Con independencia de la especie, según se supo más tarde, los hombres peces poseían dos sistemas respiratorios, como el ajolote, que es capaz de vivir en el agua y, al crecerle las extremidades delanteras y traseras, salir del medio acuático y transformarse en salamandra para vivir en la tierra.

Los primeros ataques de los hombres peces estuvieron acompañados por un diluvio de rayos y truenos, tormentas eléctricas que descargaron su furia sobre ciudades, campos y bosques que provocaron el mayor incendio que nuestro planeta haya conocido. Fuegos que ocultaron el sol durante meses, y que convirtieron en tierra quemada cientos de millones de hectáreas en los cinco continentes.

Así las cosas, los desiertos se convirtieron en los lugares más habitables y seguros para nuestra especie.

\* \* \*

Tea, antes bastaba con nacer para saberlo casi todo gracias al implante *Nasciturus*, que los recién nacidos recibían en el vientre materno. El ingeniero de parto se encargaba de su implantación setenta y dos horas antes del alumbramiento, de forma que el neonato supiera qué hacer para no dañar a la madre ni a sí mismo. La técnica consistía en insertar un virus informático en hebras físicas de ADN, capaz de modificar y mejorar el cuerpo humano. De modo que al mismo tiempo que el recién nacido perdía el cordón umbi-

lical que lo había mantenido unido a la madre durante los meses de gestación, se establecía un vínculo aún más fuerte con Deus a través del control de su cuerpo mediante este implante. Una corriente electromagnética que tenía más peso que cualquier lazo de sangre. Datos, información y habilidad técnica eran los pilares de cualquier forma de vida que deseara alcanzar la Supravida, la existencia más allá de la propia vida mortal.

La muerte de Deus dejó huérfana a la especie. Y también sin el futuro que tanto anhelaba.

Esta nueva realidad impuso que los seres humanos vieran que interactuar entre ellos de nuevo. Ya no bastaba la relación de uno con Deus, sino la todos con todos.

Si hasta entonces los hombres habían conseguido satisfacer sus necesidades emocionales a través de sus propios avatares, desde el apagón tecnológico tuvimos que buscar nuestro avatar —nuestro reflejo— en un semejante. Un estadio de la evolución que la Era Tablet había desterrado o superado.

«Todo ser humano tiene un alma gemela, al margen de su avatar», dicen ahora los sabios.

Tú te convertiste en mi afín, en mi guía, en mi reflejo, en mi media naranja.

Como me decías cada vez que tenías que desprogramar a uno de estos *Homo data* que habían perdido el data: «Lo primero que un ser humano tiene que aprender para recuperar su esencia, es a llorar. El llanto entre los de nuestra especie no es una anomalía, sino una necesidad, una forma de expresar lo que sentimos».

No sabes cuánto anhelo romper las cadenas que me atan a mi sufrimiento y dar rienda suelta a mi dolor. ¡Me gustaría tanto poder llorar! ¡Desconsoladamente! Sin embargo,

no puedo. Porque me delataría. Así que finjo ser el mismo de siempre, simulo tener mis pensamientos enfocados en mi trabajo, pero la verdad es muy distinta. Mi secreto forma parte de un lamento profundo, un aullido de lobo, que ocupa mi corazón por entero. Te aseguro que si posaras tu mano sobre mi corazón, oirías sus latidos, pero si abrieras mi pecho comprobarías que todo él está gravemente herido por la quemadura de la separación. Me mantengo vivo solo por la esperanza, que de tanto usarla se ha convertido ya en una suerte de inercia parecida a la del satélite que orbita alrededor de su planeta. Giro una y otra vez en torno a ti, viéndote en la distancia, sintiéndote en la lejanía, pero sin posibilidad de acercarme, de tocarte, de alcanzarte.

En el agua no veo más que tu reflejo, y en las flores no siento más que tu perfume...

Recuerdos, sí, recuerdos, así es mi vida ahora.

Es como si vivieras en todos y cada uno de mis pensamientos, como si influyeras en todas y cada una de mis decisiones, de mis acciones. No hay un centímetro de mi interior que no ocupes. Vives dentro de mí, formas parte de mí. Expulsarte, por tanto, sería lo mismo que amputarme el hígado y las cuatro extremidades. No lograría sobrevivir.

Morrissey ha sido nombrado jefe de la brigada de psicólogos a la que pertenecías, y ahora pretende interrogarme con el fin de esclarecer los motivos de tu «deserción». Cree que tu viaje desde el Fuerte Massu hasta la frontera de la costa para participar en el interrogatorio de dos sospechosos de colaborar con el enemigo, fue una artimaña para cambiar de bando. Quiere, además, que deje constancia escrita de mi propio interrogatorio. Claro que no seré el único escribano que estará presente. La idea es contar con todos los

puntos de vista posibles con el propósito de escudriñar en mi interior, más allá de mis propias palabras. Una manera más certera de garantizarse que digo la verdad. De modo que, mientras me interroga tendré varios focos apuntándome, colocados en distintos ángulos. Diez o doce ojos atentos a mis gestos y palabras, acechándome. ¿Seré capaz de no contradecirme, de no ponerme en evidencia? Creo que lo mejor será que deje que sea mi corazón quien hable, quien me defienda. Él sabrá guiarme.